

# LA PERSONALIDAD DEL PROFESOR EN LA ENSEÑANZA MEDIA

Por M.<sup>a</sup> FRANCISCA CAPILLA GIMENO  
Catedrática de Ciencias Naturales del  
Instituto "Vicente Espinel", de Málaga.

**L**OS Centros de Enseñanza Media no tienen por meta exclusiva la instrucción de sus alumnos, sino la de formarlos íntegramente, según se indica en la Ley de Ordenación de la Enseñanza Media que en su artículo primero dice: "La finalidad es la formación humana de los jóvenes y la preparación de los naturalmente capaces para el ascenso a los estudios superiores, indicando asimismo que debe prepararse a los alumnos para la observación, razonamiento y cuidado de los valores sociales, fomentando la fidelidad a la concepción cristiana de la vida y la educación."

Educar es "sacar hacia fuera", desplegar todas las facultades del niño para que adquieran su completo y normal desarrollo, mientras que instruir es proporcionar al alumno una serie de conocimientos. Con la instrucción el educando llega a descubrir los misterios de la Ciencia, con la educación se descubrirá a sí mismo logrando su formación integral, ya que la formación es nota esencial de la educación.

El profesor de Enseñanza Media para cumplir, pues, su misión, supuesta la finalidad de la misma, debe por una parte enseñar su asignatura, pero al mismo tiempo cooperar con los demás compañeros a la formación integral del alumno y en este sentido juega papel primordial su personalidad.

Esta personalidad del docente que al mismo tiempo tiene que ser educador, le exige poseer una serie de cualidades que podemos agrupar en cualidades "intelectuales" y "morales". Dentro de las primeras está la competencia profesional que exige dominio de la asignatura, claridad de ideas, expresión diáfana y no contentarse con los conocimientos que posee, sino estar al día en los avances de su asignatura. Pero no basta saber, es preciso tener aptitud para enseñar, sin lo cual toda labor docente sería nula, y como consecuencia de esta aptitud docente habrá de poseer capacidad para "motivar" a los alumnos; la motivación impulsa a la voluntad a aprender y hace posible la concentración de la atención por parte del alumno.

Dentro de las cualidades morales destaca en primer lugar "la ejemplaridad". Lo capital, dice Spalding, en su obra "Pedagogos y Pedagogía del Catolicismo", no es lo que el profesor diga o dicte, sino lo que él sea en sí. No olvidemos que la conducta del profesor es observada en su fuero externo por los alumnos y el resultado será que lo que "ve" es, en definitiva, la vida íntima, personal, del profesor. Es un hecho y hemos de admitirlo que el alumno quiere ver en sus educadores la transparencia del ideal que se les inculca. Si el sentido de la vida del educador es positivo, será ello un arma formidable para llevar adelante su labor de orientación hacia un ideal de vida semejante. Si por el contrario es negativo o presenta

serias lagunas queda anulado su influjo hasta ejercer los más perniciosos efectos. Por eso Spalding, hablando sobre la trascendencia de la vida del profesor en el orden educativo, dice: "La vida que él vive y todo lo que esa vida revela a sus alumnos, aun en actos inconscientes, pero sobre todo en lo que en lo profundo de su alma cree, espera y ama, todo eso decimos ejerce una influencia más profunda que sus lecciones."

Una segunda cualidad que exigiríamos sería "espíritu de justicia", que a nuestro juicio abarcaría justicia en cuanto al tiempo que en derecho hemos de dedicarles, justicia en cuanto a la calidad de nuestras explicaciones y, por último, justicia en la valoración del aprovechamiento por parte de los alumnos; y he aquí, a nuestro entender, la parte más delicada y más frágil de esta gran virtud, hasta tal punto que de no estar muy arraigada, al menor viento de "intereses creados", de "simpatías", de "amistades", puede peligrar su solidez y con ello derrumbarse esa formación que pretendíamos edificar en el alumno. Por ello, complemento de esta virtud consideramos "la fortaleza" que nos mantendrá firmes en el cumplimiento del deber, haciendo caso omiso y perdonando, llegado el caso, a quienes se "rasguen las vestiduras" ante nuestra intransigencia en esta materia, quizá, porque han olvidado que en asuntos fundamentales la "transigencia" como recientemente ha dicho un gran santo y sabio moderno "es señal cierta de no tener la verdad". "Cuando un hombre transige, continúa diciendo el mismo autor, en asuntos de ideal, de honra y de Fe es un hombre sin ideal, sin honra y sin Fe".

Asimismo consideramos necesaria la virtud de la prudencia, en su doble vertiente: *compañero* y *alumno*; cada profesor no es un ser aislado en la labor educativa, sino una pieza en la maquinaria docente, que dirigirá los pasos del alumno, y del perfecto engranaje, que la prudencia individual aconseja, dependerá su eficacia colectiva. Por el contrario, el alumno que forma parte del conjunto clase, es único y distinto en cuanto a su temperamento, reacciones, sensibilidad, y la prudencia del profesor evitará comparaciones entre compañeros, castigos inadecuados en su calidad que pueden herir la personalidad del educando y cerrar las puertas a todo influjo educativo en cada caso concreto.

Y aún podríamos exigirle otra serie de cualidades morales tales como "paciencia" "perseverancia" y "alegría", para caminar diariamente por la cuesta del cumplimiento del saber sin desánimo ante los obstáculos; y a ellas añadiremos la firmeza y dulzura: una y otra no están en oposición, el profesor debe ser firme en los principios, en hacer cumplir lo preceptuado, pero amable, dulce en la manera de exigirlo.

Y por último consideramos que para perfilar la fisonomía del profesor hay dos características que le son sumamente necesarias: éstas son "la vocación" y "el amor por los alumnos". Sin vocación por la enseñanza es difícil realizar una labor eficaz y sin amor a los alumnos no cabe realizar una labor educativa; la educación exige entrega y la entrega es obra del amor.

Actuando de este modo sentiremos la satisfacción y serena alegría del deber cumplido y no habremos defraudado a la Iglesia, a la Sociedad y a la Familia que en nuestras manos depositó tan preciado tesoro y al mismo tiempo palparemos la realidad de las palabras de Su Santidad Pío XI en la Encíclica "Divini illius Magistri": "Las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas ordenaciones cuanto principalmente de los buenos maestros".